

pág 290 nº 627 agosto 2000

Editorial

## al país

A pesar de todos los malestares y enfrentamientos el país sigue planteando respuestas democráticas. No en vano hay tres generaciones que han nacido y crecido en democracia. Con fallas, desgastes y crisis, es a partir del quehacer democrático que el país busca y quiere construir una nueva convivencia.

La suspensión de las elecciones dada su precaria transparencia y eficiencia; la designación de una nueva directiva en el Poder electoral; la presencia de organizaciones y ciudadanos que opinan y exigen el cumplimiento de la sentencia del Tribunal Supremo de Justicia, aún cuando existan resistencias para su participación; la persistencia en defender la dignidad personal como lo hiciera la ciudadana Miriam Kornblith confiada en las instituciones democráticas; la movilización de las regiones por defender la iniciada descentralización: las múltiples voces en torno a la reforma del COPP: el rechazo manifiesto a involucionar en materia de "inteligencia v seguridad nacional"; las propuestas de pequeños grupos que solidariamente actúan por resolver la sobrevivencia diaria a pesar de la inseguridad, el desempleo y la pobreza, son señales inequívocas de un pueblo con esperanza y realismo para asumir el camino de construir su propio provecto.

## Pesimismo versus realismo

Seis procesos electorales necesariamente generan desgaste. La lucha del día a día refuerza las presiones del corto plazo. El país se debate entre dos fuerzas contrapuestas. Por una parte, hay una fragmentación que impide reagrupar esfuerzos. Cada quien defiende lo suyo o quiere aprovechar cualquier situación o posición para su propia cosecha. Con frecuencia escuchamos que no hay nada que hacer porque los que tienen algo lo tienen fuera y los que no tienen nada, ¿qué van a defender? Por lo tanto, esto no

le duele a nadie. Es la disgregación social. La generación de relevo piensa en otros horizontes. Es la descapitalización humana. Es la perplejidad e impotencia ante la incapacidad que crece como mancha de aceite.

Y en la otra cara de esa misma moneda, encontramos continuos esfuerzos por curar rupturas, propuestas de diálogo y negociación, manifestaciones y defensa de los logros de la libertad de expresión, de información, de asociación. La "Mesa de Diálogo" si bien permitió salvar la cara de un proceso a todas luces equívoco, también es ejemplo de cuantos estamos dispuestos a crear las condiciones para que surjan los consensos que salven lo mejor de los cambios que deseamos. Como decía Pío Baroja: rebelarse contra la mentira puede ser peligroso. Y sin embargo, hay muchos que consideramos que el futuro se hace todos los días con conocimiento, coraje y compromiso. Hay riesgo y desafío en nuestros profesionales de los medios de comunicación; hay responsabilidad de nuestros trabajadores al superar la inseguridad y cumplir diariamente; hay firmeza en nuestras madres al estimular y exigir a sus escolares; hay organizaciones que a pesar de las dificultades no desmavan en iniciativas. Hay fuerzas democráticas que estorban para la imposición de un autoritarismo a ultranza y que creen en el pluralismo de la vida social.

Abrir los espacios y encauzar ambas energías es tarea creadora y apasionante.

## Estamos a tiempo

En la vida humana, dos o cinco años es muchísimo tiempo y más aún con la impaciencia que deseamos los logros personales. Nos resulta difícil aceptar que en la historia de un país y para la emergencia de un tejido social dinámico, justo y capaz de generar el bienestar de su gente se requieren generaciones. De allí, que nuestros intereses personales tienen que

mirar y construir lo colectivo, ese patrimonio común que nos permita aceptar las diferencias, convocar capacidades y lograr consensos, con un horizonte de país y no de simple feudo.

Las decisiones electorales pueden ser una oportunidad a no desperdiciar para establecer un piso mínimo, desde donde aceptando las dificultades y manejando los conflictos se pueda ir creando las instituciones que sustenten ese quehacer colectivo.

Es una realidad que nuestro Estado es tan poderoso económicamente que a menudo ha tenido la tentación de descalificar tanto a los sectores productivos privados, como a la sociedad civil en general. Esa es la falacia que hemos vivido y de la cual estamos a tiempo de despertar. Para crear y distribuir riqueza es necesario que existan canales confiables que puedan hacerlo eficientemente para que lleguen a la gente. Mientras mantengamos la idea de la dádiva y el poder personal, nunca llegaremos al bienestar colectivo y tampoco los 22 millones de venezolanos nos sentiremos y actuaremos como integrantes y dolientes propietarios de esa colectividad. La distribución del poder y la participación en las decisiones asumiendo responsabilidades es imposible sin la existencia de canales institucionales que sustituyen la relación discrecional personal. Cada vez que tenemos que buscar ese apoyo personal para lograr el ejercicio de un derecho, entendámonos bien, hay mil ciudadanos que por no tener ese acceso se sienten y están al margen de las oportunidades, alimentando la alternativa de la corrupción o el desarraigo.

Los procesos electorales pendientes están dirigidos a legitimar las autoridades, de acuerdo al nuevo marco constitucional. La legitimidad es condición necesaria, pero no suficiente.

La legitimidad implica entre otras cosas, que las autoridades elegidas asuman que son representantes de un tejido social, de un pueblo y como tal,

interlocutores y mediadores de las propuestas de cambio y no distantes propietarios de la verdad. La legitimidad pone en sus manos la exigencia de convocar y unificar las diversas fuerzas contrapuestas. Si bien el sistema de conciliación de élites se agotó, es necesario reconocer que desde allí están surgiendo nuevas formas políticas, sociales, económicas y culturales con fuerza y espacios propios que tienen su legitimidad. Nada es estático en la condición humana. Sin temor a las disidencias, la legitimidad tiene en sus manos la reconstrucción de consensos, el manejo de los conflictos propios de la diversidad de intereses y de la pluralidad de visiones. La fragmentación y anomia existente, donde se han desdibujado los límites de derechos y responsabilidades, exigirá muchos años de diálogo cara a cara, de reconocimientos de diferencias, de prioridades establecidas a partir del conocimiento, las experiencias y las limitaciones. Habrá muchos problemas que podrán ser resueltos técnicamente, pero que tendremos que preguntarnos acerca de su viabilidad política cuya referencia es el bienestar colectivo. ¿De qué sirve que técnicamente se distribuyan alimentos super balanceados, si la gente considera que los están envenenando? ¿Qué significa para la gente que los indicadores macroeconómicos estén divinamente equilibrados, si no tengo empleo, la angustia diaria de la anarquía y la carencia de seguridad social me carcome?

Será imprescindible considerar y convocar el potencial del relevo generacional, para que asuman la participación política como la arena de la lucha por construir sus propios sueños y el ámbito de encuentro tanto con la diversidad, como con la adversidad.

La estabilidad de muchos años y el rentismo parece habernos desideologizado. Será necesario nuevamente construir las ideologías que refunden el entusiasmo por una convivencia que genere confianza en nuestras formas de actuar y en nuestra capacidad para crear riqueza con equidad.

Estamos a tiempo para sobreponernos al pesimismo contagiante y decidirnos a ser realistas actuando en lo que nos corresponde.

Electores y elegidos somos líderes de la conducción y superación de nuestras dificultades. Como electores somos responsables de la delegación de nuestra confianza. Como elegidos somos responsables de las decisiones que asumimos. Si bien la historia ha tenido sus sorpresas en cuanto a la capacidad de los hombres para sacar o hundir a un pueblo, también es una buena maestra para enseñar como a través del intrincado juego de oportunidades y decisiones, es la capacidad de conducción visionaria y la acción vigilante y colectiva la que define el destino de los pueblos.

Estamos renovando todos los poderes que conforman nuestro Estado. Estamos eligiendo un equipo de gobierno que facilite la marcha del país. Tenemos haberes importantes: una cultura democrática dispuesta a lograr la profecía del bienestar de la más amplia mayoría. Hemos visualizado v roto con un centralismo a ultranza favoreciendo la expresión de la diversidad regional mediante la descentralización que acerque el Estado a la gente. Poco a poco emergen los derechos humanos como eje de nuestra convivencia y mediatización del poder discrecional y personalizado. Tenemos la profunda insatisfacción de una educación y una salud que requiere cambios profundos para garantizar que el venezolano pueda aprovechar las oportunidades y decidir su propia vida. Tenemos el escepticismo de las promesas, flor de un día, y sabemos que sólo la acción de electores y elegidos pueden consolidar los cambios que queremos.

Es la oportunidad de poner las bases para un largo y exitoso caminar.

¿Seremos indiferentes?